

A close-up photograph of a person's eyes, looking slightly to the right. The image is overlaid with a vertical gradient that transitions from a light yellow at the top to a dark green at the bottom. The text is overlaid on this image.

VICENTE RAGA

La sonrisa
incierta

Las doce puertas parte V

Dos historias narradas en paralelo. La primera transcurre en los principios del tribunal de la inquisición de Valencia, dónde es protagonista destacado el humanista Luis Vives, la inquisición y sus secretos. Todos los personajes existieron en su época y todos los hechos narrados se corresponden con la realidad histórica. La segunda historia es protagonizada por un grupo de amigos en la actualidad, que descubren que el misterio que creían resuelto, en realidad no ha hecho más que comenzar.

El lector va cambiando de historia cada 4 o 5 páginas. Personajes diferentes y relatos diferentes separados por quinientos años. Parecen dos novelas en una. El lector se pregunta, ¿y esto a qué viene? ¿Por qué estoy leyendo dos narraciones sin aparente conexión? La respuesta, amigo lector, la averiguará a medida que avance en su apasionante lectura. Quizá no sean dos historias inconexas, al fin y al cabo. Quizá tengan más que ver de lo que se imagina...

Misterio, intriga, suspense e historia real, un cóctel que hace del universo de «Las doce puertas» una serie de novelas entretenidas y fáciles de leer que enganchan desde la primera página, pero al mismo tiempo basadas en hechos reales históricos. Le aseguro que, si empieza a leer sus libros, ya no podrá parar... le van a atrapar.

Las cuatro anteriores entregas de la saga de *Las doce puertas* iban dedicadas a mi familia en general, amigos y compañeros del colegio. En esta ocasión lo quiero hacer a mi mujer Cristina. Sin su ayuda y apoyo tampoco hubieran existido estas novelas.

AVISO MUY IMPORTANTE

Esta novela es la quinta parte de *Las doce Puertas*. Para poder disfrutar de una mejor experiencia, es necesario respetar el orden de lectura de las novelas:

1. Las doce puertas (Parte I)
2. Nada es lo que parece (Parte II)
3. Todo está muy oscuro (Parte III)
4. Lo que crees es mentira (Parte IV)
5. La sonrisa incierta →Libro actual
6. Rebeca debe morir (Parte VI)
7. Espera lo inesperado (Parte VII)
8. El enigma final (Parte VIII)

En cada una de las novelas se desvelan hechos, tramas y personajes que afectan a las posteriores. Si no respeta este orden, a pesar de que hay un breve resumen de los acontecimientos anteriores, es posible que no comprenda ciertos aspectos de la trama.

Nota previa del autor

En la parte histórica de la presente novela, correspondiente al siglo XVI, todos los personajes que aparecen son reales y existieron en su exacto contexto histórico. No obstante, los hechos que se narran son ficticios y no tuvieron por qué ocurrir de la manera descrita. En la parte actual de la novela, todos los personajes y los hechos narrados son ficticios. Los acontecimientos históricos que se describen en ambas partes se corresponden con la realidad.

En toda la novela se utilizan las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano. A efectos de claridad y homogeneidad no se usa el calendario hebreo.

0

**RESUMEN DE LOS LIBROS ANTERIORES DE LA SERIE
«LAS DOCE PUERTAS»**

NOTA DEL AUTOR: Si ya has leído las cuatro novelas anteriores de la saga de *Las doce puertas*, no es necesario que leas este capítulo, tan solo es un breve resumen de todo lo acontecido hasta ahora, aunque nunca viene mal recordar ciertos detalles. Yo mismo lo recomiendo, igual reparas en alguna cuestión que se te puede haber escapado.

Los judíos de finales del siglo XIV en la península ibérica habían acumulado una ingente cantidad de conocimientos en multitud de materias, pero los tenían dispersos en diferentes lugares. Ante el cariz que estaba tomando su relación con los cristianos en aquella época, y ante el temor de perder ese gran tesoro, decidieron protegerlo, reuniéndolo y escondiéndolo en un único emplazamiento. Eligieron la judería de Valencia. No era tan importante como las de Sevilla, Córdoba o Toledo, por ejemplo, pero, precisamente por ello la escogieron. Tenía un tamaño medio, no era demasiado conflictiva y estaba bien comunicada. En definitiva, era discreta en comparación con otras mayores. Crearon una especie de confraternidad, formada por diez personas, cuya misión era preservar ese tesoro a través de los siglos, y lo llamaron Gran Consejo. El tesoro era conocido entre ellos por el nombre de «el árbol».

Sin duda fue una idea muy oportuna, ya que poco más de un año después de completar la tarea, en 1391, se produjo el asalto y la destrucción de más de sesenta juderías por todos los territorios del reino de Castilla y de la corona

de Aragón, que supusieron la muerte de decenas de miles de judíos. La mayoría de las aljamas no se recuperaron jamás y desaparecieron para siempre. Afortunadamente los miembros del Gran Consejo tenían un plan de escape preparado, que habían llamado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas que se abrían en la muralla medieval de Valencia a finales del siglo XIV. Su objeto era ponerse a salvo y preservar su tesoro cultural. Una vez ejecutado dicho plan, pasaron a designarse a ellos mismos *puertas*.

Por si todas aquellas desgracias no hubieran sido suficientes, cien años después de aquel desastre, en concreto el 31 de marzo de 1492, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, conocidos posteriormente como los Reyes Católicos, ordenaron la expulsión de los judíos de todos los reinos que dominaban, deportación que se completó en el mes de agosto de aquel fatídico año.

El Gran Consejo que protegía el tesoro judío estaba compuesto por diez personas, pero en realidad había un undécimo miembro, que no participaba de las reuniones, cuya identidad permanecía secreta y que tan solo era conocida por el número uno. El Gran Consejo se organizaba a semejanza del árbol *sefirótico* de los cabalistas. Aunque aparentemente dicho árbol contenía diez esferas o *sefirot*, en realidad, existía una undécima *sefiráh*, que es el singular de la palabra *sefirot*. Esa undécima *sefiráh*, llamada *Daat*, permanecía invisible y representaba la conciencia. Era otra forma, en este caso no material y oculta, del *Keter*, de la raíz del Gran Consejo, de su número uno, que en estos momentos era Blanquina March. En consecuencia, tan solo Blanquina conocía la verdadera identidad de la undécima puerta. Su función era ser una especie de copia de seguridad. Entre el número uno y el número once tenían dividido un mensaje propio, que una vez unido, conducía a la localización del árbol. En caso de cualquier eventualidad, como la desaparición de un miembro o del Gran Consejo en su

totalidad, tenían la responsabilidad de reconstruirlo, para la preservación de su gran tesoro durante los siglos venideros.

En marzo de 1500 se produjo un hecho de extraordinaria gravedad. El Santo Oficio de la Inquisición española descubrió una reunión del Gran Consejo e irrumpió en mitad de su celebración, provocando la desbandada de todos sus miembros e incluso la captura del número cuatro, Miguel Vives, y su posterior relajación y muerte en la hoguera. Blanquina March, que era la puerta número uno, decidió, por seguridad, trasladar el árbol a otro emplazamiento diferente y encargó el trabajo a la undécima puerta, que era el maestro cantero Johan Corbera, ya que no era ni conocido ni perseguido por la Inquisición. Tomó otra decisión de gran calado, disolver el Gran Consejo. No sabía qué conocimientos podría tener la Inquisición y no se quiso arriesgar a poner en peligro la propia existencia del árbol, el gran tesoro judío.

Blanquina March falleció muy joven a consecuencia de la peste negra y heredó su puesto en el Gran Consejo, como nuevo número uno, su hijo Luis Vives, el gran humanista valenciano, español y europeo, que en aquel momento histórico tenía tan solo dieciséis años. Entre él y Johan Corbera escondieron ese tesoro cultural en una nueva ubicación. Poco después Luis Vives abandonaría España, debido a la presión de la Inquisición sobre su familia. Su padre quiso ponerlo a salvo de su saña, que ya había conducido hasta la hoguera a buena parte de sus primos y tíos.

Luis Vives se convirtió en una figura de fama mundial y sus amigos en España intentaban que retornara con seguridad, a salvo del Santo Oficio. A pesar de todos los esfuerzos, parecía que había una mano negra que le impedía la vuelta a su país, cosa que deseaba, ya que su padre estaba enfermo y preso por la Inquisición y sus hermanas necesitaban su ayuda. Todos los intentos fracasaron.

Luis Vives, después de las maquinaciones del cardenal Thomas Wosley entre otros, acabó en Inglaterra, de catedrático en la Universidad de Oxford y casado con Margarita Valldaura, hija de españoles y residente en Brujas.

Para aquel entonces, Luis Vives ya había abandonado de forma definitiva su idea de volver a España, por ello cedió su puesto como número uno del Gran Consejo a su gran amigo, el noble don Bertrán, que está en Flandes con él. En su viaje de retorno a España, en tierras francesas, el noble es emboscado por las tropas del rey francés Francisco I y presuntamente fallece. De aquella matanza tan solo se salva un fraile, que logra escabullirse y regresar a su convento de residencia, en Sevilla.

En Valencia, en el primer cuarto del siglo XVI, el hijo de Johan Corbera, llamado Batiste, hace amistad en la escuela con Amador, cuyo padre es don Cristóbal de Medina y Aliağa, y trabaja para el Tribunal de la Inquisición como receptor del Santo Oficio y con Jerónimo, un extraño niño de ocho años que no sabe ni siquiera quién es su padre, pero que vive en el Palacio Real de Valencia a todo lujo, sede del tribunal local del Santo Oficio de la inquisición. Lo único que sabe de su padre es que se llama Alonso y que conoce a Johan Corbera. Erróneamente suponen, en un principio, que se trata del hijo del conde de Niebla y duque de Medina Sidonia entre otros títulos, de nombre don Juan Alonso Pérez de Guzmán, noble que reside en Sevilla, ya que es el único que conoce con ese nombre.

Johan Corbera y su hijo se desplazan precisamente hasta Sevilla, porque piensan que el noble don Bertrán, antes de fallecer en la emboscada en tierras francesas, ha podido designar como nuevo número uno a la única persona que consiguió huir de la emboscada, al fraile. Cuando llegan a Sevilla se encuentran con la desagradable sorpresa de que dicho fraile se ha suicidado, y lo más sorprendente es que ha dejado una nota a nombre de Johan Corbera, aún sin

conocerse personalmente. La nota contiene un mensaje oculto en clave, que en principio no comprenden.

Batiste, el hijo de Johan Corbera, se había convertido en la tercera undécima puerta de la Historia, al suceder a su padre. Sigue espiando las reuniones del tribunal local de la Inquisición, junto con Amador y Jero. Se enteran de todo el proceso contra Luis Vives Valeriola, el padre del humanista Luis Vives, e incluso son testigos del auto de fe donde es relajado y condenado a morir en la hoguera.

Las hermanas vivas de Luis Vives, Beatriz y Leonor, se disponen a reclamar a la inquisición la injusta incautación de la dote que su madre, Blanquina, que jamás fue condenada. Se encuentran con la firme oposición del receptor, don Cristóbal de Medina, padre de Amador, que, bajo ningún concepto, está dispuesto a devolver los 10 000 sueldos reclamados. Amenaza a las hermanas con repasar todas las notas del Santo Oficio sobre su madre Blanquina, e incluso abrir un proceso contra ella, a pesar de llevar muerta casi dieciséis años. Esto supone un peligro, ya que el Gran Consejo desconoce qué es lo que sabe la inquisición de ellos, y desenterrar un tema antiguo puede ser muy peligroso, como quizá lo sea...

Batiste Corbera descubre que el fraile que escapó de la emboscada, en realidad, no existe, fue el verdadero noble el que consiguió huir disfrazado de fraile. Al final del último libro, Batiste consigue descifrar la nota de suicidio del supuesto fraile y descubre que incluso su identidad es falsa. El supuesto noble, que es el padre de Jero, es, nada más y nada menos, que su excelencia don Alonso Manrique de Lara y Solís, arzobispo de Sevilla y, sobre todo, inquisidor general de España. Él es la persona que Luis Vives designó como número uno, que acaba de ceder a su hijo Jerónimo. Por lo tanto, con el Gran Consejo disuelto, los únicos que son portadores de las dos mitades del mensaje que conducen al árbol del tesoro judío son Jerónimo Manrique, de

ocho años, como número uno, y Batiste Corbera, de doce años, como número once.

Mientras tanto, ya en la época actual, en pleno siglo XXI, Rebeca Mercader es una joven de veintidós años, recién graduada en Historia y estudiante de un máster. Para sufragarse sus estudios trabaja a tiempo parcial en el periódico *La Crónica*, estando a cargo de la sección de relatos históricos. Para su absoluta sorpresa, ha sido nominada a un Premio Ondas al mejor *podcast* del año, por unas grabaciones que dejó cuando se fue de vacaciones, con el objeto de que fueran transcritas para su columna semanal en el periódico. Las escucharon sus compañeros de la emisora de radio y las difundieron, sin el conocimiento de Rebeca. Para sorpresa de todos, tuvieron muchísimo éxito. Ha firmado un nuevo contrato con una gran cadena de radio nacional y se ha convertido en colaboradora habitual de un programa de gran éxito. Ha pasado del anonimato a la fama. Es reconocida allá dónde va.

Los padres de Rebeca fallecieron en un accidente de tráfico cuando apenas tenía ocho años de edad. En aquel momento se fue a vivir con su único familiar vivo, su tía Margarita Rivera, a quién todo el mundo conoce por el diminutivo de Tote. Es comisaria de policía y, hasta hace tres meses, su pareja era Joana Ramos, profesora de Rebeca en la Facultad de Geografía e Historia. Debido a todos los acontecimientos que ocurrieron durante el mes de mayo, se vio obligada a trasladarse a Estados Unidos. Las tres formaban una familia muy feliz que, ahora mismo, estaba rota. Ni Tote ni Rebeca se habían acostumbrado a su ausencia.

Rebeca estudió en el colegio Albert Tatay. Desde que el grupo de amigos terminaron sus estudios hacía cuatro años, y antes de que cada uno de ellos partiera hacia una Facultad diferente para continuar su formación o al mercado laboral, Rebeca y sus compañeros se confabularon para no perder el contacto. Se habían criado unidos durante muchísimos años y no querían perder esa complicidad tan sa-

na. Así, decidieron institucionalizar una reunión semanal, todos los martes, en un lugar fijo, en este caso en el *pub* irlandés Kilkenny's en la plaza de la Reina. Cada uno acudía cuando podía, pero con el paso del tiempo, incluso se habían ido incorporando al grupo personas ajenas al colegio. Fue el camarero inglés del *pub*, llamado Dan, el que les bautizó como el *Speaker's Club*, porque, según él, «mucho hablar y poco beber».

Charly, piloto de línea aérea, era el cachondo del grupo, junto a Fede, que acababa de terminar el doble grado de Derecho y Ciencias Políticas. Perteneecía a una familia muy rica y conocida. En ocasiones se les unía a los dos el antisistema de Xavier, que era comercial de una empresa. Los tres formaban el trío calavera. Tenían mucho peligro. Almu era la amiga del alma de Rebeca, llevaban estudiando juntas desde los seis años hasta la universidad. Bonet estudiaba robótica y todos pensaban que podría pasar por uno de ellos. Carlota era la más impredecible de todo el grupo, una mente privilegiada cuyas reacciones le daban miedo hasta la propia Rebeca, aunque eran grandes amigas. Su madre había fallecido, después de una larga enfermedad.

Se acababa de reincorporar, después de un año de ausencia por estudios en el extranjero, Carolina Antón, cuyo padre era un diplomático francés. Para completar el grupo, se habían unido, ajenos al colegio, Carmen, una mujer divorciada de cuarenta y seis años que trabajaba en el archivo del ayuntamiento de Valencia y su jefe Jaume, algo mayor que ella y con un parecido asombroso a Harry Potter, según Rebeca. También se había unido al grupo Álvaro Enquix, propietario de una joyería y pareja no oficial de Carlota.

El día 1 de mayo se presentó en el periódico dónde trabaja Rebeca la condesa de Dalmau, dos veces grande de España y lectora habitual de la sección de Rebeca. Le hace entrega de dos extraños dibujos que ha encontrado en una caja fuerte oculta, que pertenecía a su difunto marido, el

conde de Ruzafa. Le pide que resuelva su significado, ya que ella lo desconoce. Al día siguiente la condesa es encontrada muerta en su palacio.

Después de muchas vicisitudes y gracias a la ayuda del historiador Abraham Lunel, descubren que los dibujos son de procedencia judía y datan de 1391, año en que se produjo el asalto y la destrucción de la judería de Valencia. En realidad, los dibujos representaban un plan de escape del Gran Consejo denominado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas de la muralla medieval de Valencia, lo que todos los miembros del *Speaker's Club* desconocen es que Rebeca es la actual undécima puerta. Hace todo lo posible para hacer creer a sus amigos que aquel árbol judío, oculto desde hace seis siglos, ya no existe en la actualidad. Quiere que se le deje de buscar y así se pueda preservar para los siglos venideros. Al final del presente libro, Rebeca es convocada a un Gran Consejo, formado tan solo por seis miembros. Todos acuden con la tradicional capa negra con capucha, que no permite reconocer a sus portadores. Para su absoluta sorpresa, Rebeca reconoce la voz de dos personas. De una ya se lo esperaba, la puerta número siete, miembro del *Speaker's Club*, pero se sorprende muchísimo al reconocer también la voz de la puerta número cinco, que no se lo esperaba.

Al final del tercer libro, la madre de Carlota le revela, en su lecho de muerte, que es adoptada, y en el final del libro anterior, el cuarto, se está a punto de descubrir una gran sorpresa que puede cambiar todo el futuro de Rebeca y Carlota y, quién sabe, quizá también del misterio de *Las doce puertas*.

1

31 DE ENERO DE 1525

—Disculpe, su excelencia don Alonso, pero se me hace muy difícil llamarle así cuando siempre le he conocido como don Bertrán.

Johan se acababa de enterar que el noble don Bertrán, en realidad, jamás había existido. Era un personaje ficticio que había creado el arzobispo de Sevilla e inquisidor general de España, don Alonso Manrique de Diego y Solís, padre de Jerónimo, el amigo de la escuela de su hijo.

—Te lo vuelvo a repetir, ni me llames excelencia ni me trates de usted, con Alonso será suficiente. ¡Cómo si me quieres seguir llamando Bertrán! Tantos años atendiendo a ese nombre que ya me he acabado acostumbrado. Hasta me gusta cuando lo escucho.

—Está bien, lo intentaré, pero comprende que se me haga difícil tutear con tanta familiaridad al inquisidor general de España. Una palabra tuya y acabo en las mazmorras de inmediato, o incluso algo peor, en la hoguera.

—Olvídate de mis cargos y dignidades. Soy la misma persona que llevas tratando años como don Bertrán, y nos hemos corrido algunas juergas memorables cuándo no conocías mi identidad real, así que para ti no debería ser tan difícil.

—Pues lo es. Entiende que tus cargos imponen, y mucho. Entre otras cosas, estás al frente del Santo Oficio en España, nada más y nada menos. Seguramente será la institución más temida en todo el mundo, en la actualidad.

—Lo comprendo, pero que ello no suponga una barrera. Estoy del lado de Luis Vives y del tuyo desde el princi-

pio, además desde bastante antes de desempeñar los cargos actuales. ¿Sabes que llegué a estar en la cárcel por mis ideas, no precisamente ortodoxas?

—¿Qué dices? —se sorprendió Johan, que no tenía ni idea.

—En 1499 era obispo de Badajoz. Cuando falleció la persona que me nombró y a quién le debía lealtad, la reina Isabel la Católica, apoyé a la Casa de Austria, en detrimento de su viudo, Fernando el Católico. A consecuencia de ello pasé una temporada en la cárcel.

Johan estaba asombrado.

—No tenía ni idea. ¿Y de la cárcel cómo has llegado a ser arzobispo de Sevilla y jefe de la Suprema Inquisición?

—Es una historia muy larga y no te voy a aburrir con los detalles. A modo de resumen, fui indultado por el Tratado de Blois en 1509 y me enviaron en una misión especial a Flandes. Mi deber consistía en vigilar a Carlos de Habsburgo, que había nacido en Gante y residía como príncipe en la ciudad de Brujas. Ya sabes que es nuestro actual rey Carlos I. Hice mi trabajo con eficacia y de paso labré una gran amistad con Luis Vives. En aquella época había terminado sus estudios en la Sorbona de París y vivía en la ciudad flamenca, precisamente en la residencia de la familia Valldaura, mercaderes valencianos y padres de su actual esposa, Margarita. Fue profesor de lengua castellana de nuestro actual rey por un breve periodo de tiempo, y, digamos que nos prestábamos servicios mutuos a plena satisfacción.

—¿Eras un espía? ¿Y Luis también? —preguntó Johan, que estaba asombrado.

—Luis no y yo tampoco exactamente, aunque sí informaba a la cúpula de la Iglesia católica de cómo se desarrollaban los acontecimientos en la corte real de Brujas. Luis me ayudó en esta labor. ¿Nos quieres llamar espías? Creo que no es la palabra adecuada, aunque supongo que algo teníamos de ellos. Desde entonces nos une una verdadera y profunda amistad.